La economía europea

Lord Lawson (*)

Mi memoria de España incluye el hecho de que su adhesión a la Comunidad Europea, como se designaba entonces, ocurriera siendo yo ministro de Economía y Hacienda. Y me impresionó desde el principio el papel tan serio y constructivo que desempeñaron mis colegas españoles en los asuntos de la Unión Europea. Desde entonces, he permanecido gratamente impresionado por el progreso que ha experimentado la economía española a lo largo de estos años. Han estado desconectados del resto de Europa Occidental durante muchos años, y la economía española estuvo caracterizada por no ser liberal ni tampoco demasiado próspera. Sin embargo, desde que comenzaron el proceso de liberalización, que no es fácil de realizar, la han dirigido con considerable fortuna, no sólo por el grado de liberalización, sino también por los resultados obtenidos, realmente impresionantes.

Se me ha pedido que trate, no de la economía española, sino de la europea. Verdaderamente éste es un momento importante para hablar de la economía europea, dado que la Unión Monetaria Europea (UME) y la moneda única europea ya existen. Pero naturalmente no podemos limitar nuestra atención a Europa, en donde vivimos. Todos somos perfectamente conscientes de que nos hallamos en una economía global. Globalización no es sólo una palabra, es una realidad y por ello creo que podría sernos de utilidad que comenzara con *mi visión del contexto económico mundial*, en cuyo seno los europeos tratamos de establecernos en este momento. Y lo hacemos en un momento en que la mayoría de los países de Europa, once países, se han embarcado en un experimento sin precedente en la historia económica del mundo.

Los plazos de dicho experimento, la unión monetaria, siempre han sido algo muy delicado, han estado plagados de dificultades debido a un problema del que suelen hablar no tanto los economistas como los técnicos en informática, y que es lo que llamamos en

Inglaterra "el duende del milenio", el problema del año 2000, que afecta a todos los sistemas informáticos del mundo, de los que tanto dependemos hoy día todos los bancos, las compañías financieras y todo el mundo. Ya que están programados para operar con los últimos dos dígitos de la fecha, cuando vayan de 99 a 00 enloquecerán y pensarán que vuelven a 1900. Estamos gastando enormes sumas de dinero para tratar de evitar este problema. Es una carrera contrarreloj, porque si los sistemas informáticos se derrumban pueden causar inmensos problemas en las operaciones de nuestro sistema financiero, y en muchos otros ámbitos, como los hospitales y servicios médicos, que dependen de ordenadores y equipos electrónicos del mismo tipo. Es un problema serio del que no se habla mucho, pero que siempre ha estado ahí. Habrá algunos desastres, espero que no demasiados, porque alguien no se habrá preparado adecuadamente, porque alguien no habrá gastado suficiente dinero, y porque de hecho hay escasez de técnicos competentes, capaces de resolverlo, debido a que todo el mundo está intentando hacerlo al mismo tiempo. Así, sabíamos que iba a haber dificultades al comienzo de la Unión Económica y Monetaria, pero por ser en este momento en particular, nos enfrentamos a una amenaza mucho mayor, y es la amenaza de una recesión mundial.

Indudablemente, muchos de ustedes habrán observado que los mercados bursátiles de todo el mundo están recuperándose, en contraste con la alarma y el pánico que predominaron no hace tanto. La gente vuelve a mostrar un cierto grado de satisfacción. En realidad, creo que tanto los mercados financieros de hoy como los comentaristas y realizadores de pronósticos cuyas previsiones leen y cuyos comentarios escuchan, son demasiado optimistas. Me apresuraré a decir que no estoy pensando ni remotamente en que vayamos a incurrir en algo parecido al desastre de los años treinta. A no ser que los gobiernos y los bancos

centrales del mundo, y particularmente de los países del G7, quienes juegan conjuntamente un papel decisivo en estas cuestiones, pierdan la razón, creo que no hay motivo para temer que vuelvan a revivirse los años treinta. Hay, en mi opinión, cuatro reglas, que hay que seguir. Si se observan estas cuatro reglas, no habrá un desplome, un *crash*, una catástrofe, un colapso de ese nivel.

La primera es mantener, en los principales centros, *sistemas bancarios sólidos*. En el siglo XIX era bien conocida la importancia de este factor. El gran economista y director de *The Economist*, Walter Bagehot, escribió abundantemente sobre ello, y empleó mucho tiempo estudiando cómo debía actuar el banco central para prevenir los pánicos bancarios que solía haber en el siglo XIX, y cómo tener un sistema bancario sólido. Hoy día vivimos en un mundo que de nuevo se parece mucho al de finales del siglo XIX y comienzos de éste, hasta el comienzo de la I Guerra Mundial, el mundo del antiguo patrón-oro, en el que los movimientos de capital fluían libremente por todo el mundo y había muy pocas barreras gubernamentales. Estamos volviendo a ese mundo a una escala mucho mayor, con comunicaciones instantáneas, gracias al desarrollo de la tecnología de la información y de las comunicaciones, lo que ha terminado con las distancias. A efectos prácticos, y en términos financieros, ya no hay distancias. Existen para la vida cotidiana, pero no para la financiera. Ésta es una de las razones para que hayamos vuelto a este mundo, y por la que debemos mantener unos sistemas bancarios sólidos. Mientras los bancos centrales del mundo se concentren en ello, ésta es una de las reglas que asegurará nuestra posición.

La segunda necesidad es que los principales países y autoridades financieras del mundo se preparen para mostrar *solidaridad en una crisis*. Yo era ministro de Economía el *lunes negro*, aquel 22 de octubre de 1987 en que Wall Street sufrió un colapso y el resto de las bolsas de Occidente se desplomó en cadena. Aquella caída de los mercados fue mucho más grave y más repentina de lo que hubiera sucedido ahora, y hubo auténtico pánico en toda la banca occidental y el mundo de los negocios, pero la solidaridad que mostraron los ministros de finanzas y los bancos centrales de los países del G7 entonces fueron suficientes para restaurar la confianza rápidamente, lo que fue necesario. Creo que el comunicado de 31 de octubre de este año del G7 era una indicación de que las principales autoridades financieras del mundo están listas para permanecer hombro con hombro. Y, repito, es muy importante.

La tercera regla es que deben estar también listas para actuar más, es decir, para *utilizar la política monetaria para reducir los tipos de interés, si fuera necesario como resultado de una caída de las provisiones monetarias, o una amenaza de caída*.

Y la cuarta regla, que puede ser la más difícil de observar, pero que es de importancia esencial, y una de las más claras lecciones del desastre de los años treinta, es que los gobiernos de las principales naciones tienen que *mantener los mercados abiertos al comercio internacional, sea el que sea*. Hay que resistir las presiones proteccionistas. Si respetamos estas cuatro reglas, no se repetirán los horrores de los años treinta. Pero, una vez dicho esto, creo que ahora mismo una *recesión mundial sería ineludible*, quizá una como la de 1982, que es el único momento en los últimos veinte años en que ha caído realmente la producción mundial (no cayó mucho, pero de hecho cayó). Sería inevitable, pues, si ocurriera algo como lo de 1982, o incluso algo ligeramente peor.

¿Por qué? *No por los problemas* sobre los que se lee y se oye tanto, los problemas de los "tigres asiáticos", y la idea de que puede producirse algún tipo de contagio en el resto del mundo. Es cierto que estos países han sufrido un gran golpe y sus pueblos han sufrido mucho. Pero ellos *son demasiado pequeños para causar una recesión mundial*, y el contagio es mayormente una ilusión. Merece la pena hacer números. Si tomamos Estados Unidos, Norteamérica en general, y Europa Occidental, que son prácticamente del mismo tamaño, y Japón, que es un poco más pequeño, suponen más del 80 por 100 de la economía mundial, y todo el resto del mundo, —el resto de Asia, India, China, toda África, Oriente Próximo, Latinoamérica, Australia— supone menos del 20 por 100 de la economía mundial. Los famosos "tigres" que nos preocupan tanto están en el orden del 5 por 100. La propia Rusia, un país grande y políticamente importante, pero con una economía abismalmente pobre, supone, en términos económicos, no mucho más del 1 por 100.

Por supuesto puede haber otra forma en que se dé un contagio ligeramente mayor, y es mediante el *contagio financiero*. Si los sistemas financieros de Occidente tienen mucho contacto con estos países, cuando éstos tengan problemas pueden debilitar seriamente el sistema financiero occidental, así como el bancario, lo que puede suponer una amenaza. Una vez más, uno de los primeros problemas con los que tuve que luchar al llegar al Ministerio de Economía en 1983 fue la suprema crisis de deuda de Latinoamérica, que comenzó con la incapacidad de Méjico, en el

otoño de 1982, para seguir pagando los intereses de su enorme endeudamiento, y que siguió con problemas en los demás países latinoamericanos, uno tras otro.

El Comité Provisional del FMI, mis colegas del G7 y yo mismo dedicamos mucho tiempo a este asunto. Hubo un peligro auténtico de crisis sistemática como resultado del alto riesgo del sistema bancario americano en particular, pero también de los sistemas bancarios de otros países, especialmente por los préstamos. La decisión que tomamos estaba encaminada a evitar crisis sistemáticas, y para ello debíamos ganar tiempo para que los bancos occidentales pudieran reconstruir sus balances generales.

Finalmente lo hicieron, hasta que llegó un momento en que pudieron permitirse cancelar la mayor parte de estos préstamos incobrables. Pero aunque estaba claro que siempre iban a ser incobrables, eso era algo que no se podía admitir al principio, porque era muy importante ganar tiempo para permitir a los bancos restaurar sus balances hasta que éstos fuesen lo suficientemente fuertes como para admitir que los empréstitos no se podrían cobrar.

En esta ocasión, la cuestión se centraba en el alto grado de exposición financiera de Occidente en Rusia, a pesar de que cualquiera que conociera algo de Rusia podía comprobar que en ese país se estaban realizando reformas reales de muy escasa entidad. Esto no ocurre en Polonia, ni en Hungría, ni en la República Checa, así como tampoco sucede en muchas otras partes del antiguo Imperio Soviético, pero, por razones sobre las que no puedo ahora extenderme, nunca se efectuaron grandes reformas en Rusia. Sin embargo, por razones políticas, los poderes occidentales fingieron que así era. El FMI hizo préstamos a Rusia que no habría hecho a ningún otro país que no aspirase a unas auténticas reformas porque era importante, por motivos políticos, apoyar a Yeltsin y mantener a los comunistas fuera del poder.

Así que se engañó a la gente, haciéndola pensar que estaban teniendo lugar auténticas reformas en Rusia, cuando no las había. Y se invirtieron grandes sumas, perdiendo mucho dinero al tener lugar la caída posterior. Otros, en cambio, sí se dieron cuenta de que no se estaban produciendo reformas reales. Con todo (y este es el problema moral, que se plantea bajo diferentes formas y en diferentes contextos, una y otra vez), pensaron que aquella Rusia era demasiado grande y peligrosa para que se le permitiera fallar y que, por tanto, y ocurriera lo que ocurriera, los poderes de Occidente les echarían un cable, por lo

que invertir en Rusia no era tan arriesgado como parecía. Pero se equivocaban: sí lo era.

Sin embargo, a pesar del enorme problema del contagio financiero, mayor que el del contagio comercial, debemos mantener la perspectiva. A finales del año pasado (con las cifras más actualizadas de que disponemos) la extensión combinada del riesgo de los bancos de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón en las tres áreas problemáticas de Europa Oriental, la emergente Asia y Latinoamérica sumaban juntas un 3 por 100 del riesgo total por exposición. No es una cantidad despreciable, y para algunos bancos es muy importante, pero ayuda a tomar perspectiva. Tengo una ligera preocupación –y hago un paréntesis aquí– por Europa, y, más en particular, por Eurolandia (los países que van a adoptar el euro), porque, si miramos a los bancos del G7, los de los países con un mayor contacto con estas áreas problemáticas son los de Alemania, Francia e Italia, en mayor proporción incluso que los de Estados Unidos o el Reino Unido. Y en los tres casos, lo que ocurre a partir del 1 de enero de 1999 es que los bancos centrales de estos países ceden su autoridad para crear dinero al Banco Central Europeo. Pero éste, a diferencia de los bancos centrales nacionales, según el Tratado de Maastricht, no juega ningún papel ni tiene ninguna responsabilidad como prestamista de última instancia. Aquí hay un posible riesgo. Pero siempre que los legisladores bancarios hagan su trabajo, y dado que partimos del saneado sistema bancario de Occidente, que incluye a Europa, en la actualidad no hay un peligro real de recesión mundial procedente de esta fuente.

¿Por qué entonces creo que la va a haber? No tiene nada que ver con los “tigres”, nada que ver con Rusia, nada que ver en realidad con Europa. Esto emana del *ciclo comercial de los Estados Unidos*, la economía más importante, la más poderosa y mayor del mundo. Hace dos años, Alan Greenspan, Presidente de la Reserva Federal de EE.UU., advirtió sobre la exuberancia irracional de las bolsas estadounidenses, aunque no hizo nada al respecto. Desde entonces, las cotizaciones bursátiles, aparte de la ligera vuelta atrás que ha tenido lugar recientemente, están entre un 30 y un 40 por 100 más altas de lo que estaban cuando Greenspan avisó, y el potencial real de la economía americana no ha experimentado una mejora proporcional, si es que ha mejorado algo.

A lo largo de estos seis años y medio, ha tenido lugar una enorme alza de la economía americana, basada en parte en verdaderas mejoras del subyacente rendimiento económico estadounidense, pero sobre todo en un fenómeno cíclico muy poderoso, que ha

generado expectativas poco realistas. Es el resultado de una expansión insostenible del crédito del sector privado. *En Estados Unidos, el gasto actual del sector privado excede a sus ingresos por un margen récord, lo que, obviamente, no puede durar.* No puedo decir exactamente cuándo será el giro, cuándo estallará la burbuja del crédito, cuándo volverá a estar el gasto en línea con los ingresos y, lo que es más, cuándo bajará por debajo de los ingresos para compensar el periodo en que el gasto está, como lo está ahora, por encima de éstos.

No sé cuándo va a ocurrir, *pero no creo que tarde mucho.* La Reserva Federal, la *Fed*, se muestra claramente intranquila, como podemos saber tanto por las recientes reducciones de los tipos de interés en Estados Unidos como por la sorprendente operación de rescate del fondo sin cobertura de Gestión de Capital a Largo Plazo. Estos ciclos (y esta vez el ciclo estadounidense es particularmente pronunciado) siempre llegan, son inherentes a la economía libre, y los hemos vivido antes. *La razón por la que creo que éste puede sumergir al mundo en una recesión es porque, de forma poco usual, ocurre en un momento en que la segunda economía mundial, Japón, ya está involucrada en dicha recesión.*

Japón ha estado oscilando al borde de la recesión desde 1992, pero es ahora cuando se está sumiendo en la recesión más prolongada y difícil de su historia desde la guerra. Y se dan graves problemas estructurales que dificultan su recuperación. Hay una *abrumadora crisis bancaria*. El tamaño de la deuda incobrable del sistema bancario japonés, que tanto las entidades como las autoridades financieras han tardado demasiado en tomársela como algo propio, supera los mil billones de dólares (1), una suma asombrosa. Tienen otros problemas estructurales, no sólo en su sistema financiero, sino también el resto de su economía. Japón tiene, en muchos aspectos, dos economías, con un sector industrial supereficaz, que conocemos en todo el mundo –todos podemos ver sus productos en cualquier parte del mundo–, y un sector agrícola y de servicios muy ineficaz. A medida que el sector manufacturero ha salido de Japón a otras partes de Extremo Oriente, la ineficacia de su sector financiero y de servicios ha pasado a ser un problema más serio. Ésta es una parte del problema estructural, aparte de la corrupción del sistema bancario.

Ahora tratan de corregir todos estos temas. En teoría, están realizando una liberalización del mercado financiero de Tokio para tratar de atraer a compañías extranjeras que lo fortalezcan, pero es un proceso

lento, como todo en Japón. Tratan de afianzar su sistema bancario, pero también lo están haciendo a la japonesa, muy despacio, que puede que sea mejor que no hacer nada en absoluto, pero que no es la forma ideal de hacerlo.

El otro problema estructural al que se enfrentan es político, y es que jamás han contado con un auténtico liderazgo político real, porque el sistema japonés funciona, y lleva funcionando muchos años, *no por liderazgo político, sino por consenso burocrático.* Son los burócratas quienes determinan la política, no los políticos, quienes se limitan a ser relaciones públicas y máquinas de recolectar votos. Y los burócratas vienen operando por el método del consenso. Éste no sólo es un proceso lentísimo, especialmente si se intenta variar el consenso, sino que resulta particularmente difícil en las circunstancias actuales, porque el público ha perdido la confianza en los burócratas y, a raíz de varios escándalos, los propios burócratas hayan perdido la fe en sí mismos. Y dada la peculiar naturaleza de la cultura de gobierno japonesa, sin tradición de liderazgo político, es muy difícil prever un líder político emergente que pueda hacer, e insistir en que se haga, lo que ha de hacerse, como ocurriría en Estados Unidos, en el Reino Unido, en España, o en cualquier país europeo.

De modo que la fase descendente americana y la crisis japonesa van a coincidir, y a los japoneses les va a costar algún tiempo salir de la crisis, aunque estoy seguro que al final lo conseguirán, ya que el proceso de solución de estos problemas bancarios siempre toma mucho tiempo y lleva aparejado un alto nivel de dificultad. Igualmente, está muy claro que no hay ninguna solución keynesiana a corto plazo al problema japonés. Ya han tirado cientos y cientos de billones de dólares tratando de reflotar su economía, virtualmente sin resultados. Desde luego, el problema japonés empeora el resto del problema de Extremo Oriente, porque las pequeñas economías de la región confiaban en el mercado japonés para el abastecimiento de bienes.

Éste es el incómodo panorama mundial sobre el que Europa encara la unión económica y monetaria, la moneda única. Comparada con otras partes de la economía mundial, la Unión Europea está, en muchos sentidos, muy bien situada. Posee un sólido sistema bancario que, como vemos por el caso de Japón, es muy importante. De la misma forma, pasa por una fase cíclica ascendente, aunque es evidente que va a debilitarse por los acontecimientos que tienen lugar en el resto del mundo. Pero en gran parte de Europa hay un alto nivel generalizado de desempleo (España es un

caso puntero) que podría empeorar, en parte como resultado de la recesión mundial y en parte por la operación, dentro de este contexto, de la unión monetaria.

La unión económica y monetaria, no es ningún secreto, es un proyecto político, pero con consecuencias tanto económicas como políticas. El propósito de sus arquitectos era crear una auténtica unión política en Europa, sin precedentes históricos. A lo largo de la historia, la unión política siempre ha precedido a la unión monetaria. Esto es lo que ocurrió hace muchos, muchos años en los Estados Unidos, y es lo que ocurrió en la Alemania de Bismarck en el siglo XIX, así como en Italia. Primero la unión política, luego la unión económica y monetaria. Ahora, la idea es hacerlo al revés, para lo que no existe precedente histórico.

El problema que se les plantea a los responsables de efectuar el proyecto es que los problemas que probablemente originará la unión monetaria obligarán a la gente a darse cuenta de que la única solución es una vigorosa unión política. Creo que puede ser peligroso. Es cierto que las presiones exteriores pueden forzar a los gobiernos a actuar, y que sin ellas no hubieran actuado antes. Pero pienso que, tanto si deseamos ver una unión política como si no, no va a ocurrir en bastantes años. Por lo que en el futuro previsible tendremos que construir con éxito una unión monetaria sin la contrapartida de la unión política.

Desde mi punto de vista, la esencia del problema es el desequilibrio entre la toma de decisiones económicas a un nivel, el nivel europeo (sobre todo el Banco Central Europeo, desde luego) mientras que existe una legitimidad democrática en otro nivel, el nivel nacional, como continuará ocurriendo durante el futuro previsible. Vemos que ya van surgiendo tensiones, incluso antes de que haya comenzado la unión monetaria, con las discusiones que tienen lugar entre políticos y miembros del Banco Central Europeo sobre cómo debe conducirse éste último, de qué debe ocuparse y cuál debe ser su política en lo referente a los tipos de interés. Económicamente, el problema se puede resumir de forma diferente; se trata de las llamadas políticas monetarias "una talla para todos", en que una misma política monetaria vale igual para Finlandia que para Sicilia.

¿Cómo vamos a superar los problemas de tener una única política monetaria que no parece adecuada de manera inmediata para todas las piezas de la vasta y dispar Unión al mismo tiempo? Bien, veamos cómo lo solucionaron satisfactoriamente en Estados Unidos. Lo primero, desde luego, fue llegar a la unión política, que implica, entre otras cosas, un gran sentido de

solidaridad política y que permite automáticamente grandes transferencias de fondos federales de una parte a otra de la Unión. Esto no ocurre en Europa, ni a mi juicio hay voluntad política en ese sentido. Sin embargo, esto se revela como resultado de una movilidad laboral extraordinariamente alta dentro de los Estados Unidos, facilitada, por supuesto, por la existencia de una lengua común, lo que tampoco ocurre en Europa.

Finalmente, lo más importante en los Estados Unidos es el tremendo grado de flexibilidad del mercado. De todos los mercados, pero sobre todo del laboral, incluyendo subidas y bajadas de los salarios. Europa, por tanto, ha de poner sus esperanzas, si quiere realizar una unión monetaria fructífera, en un grado mucho mayor de flexibilidad del mercado del que existe en la actualidad. Y, efectivamente, a Europa le interesa ese camino. Políticamente, éste es muy, muy difícil, pero para Europa resulta crucial.

Hay una paradoja en el corazón de la unión monetaria. Algunos escritores han trazado la distinción, especialmente en Francia. Algunos habrán leído el libro de Michel Albert *Capitalismo contra capitalismo*, en el que el autor traza una distinción entre dos tipos de capitalismo: el anglosajón, muy flexible, que contrata y despide, brutal e incivil, y una forma más benévola, amable y civilizada, que él llama capitalismo del Rin, o renano. Creo que invalida su propio argumento al decir que Japón –se escribió hace unos cuantos años– fue miembro honorario de la escuela capitalista de Rhineland. En cualquier caso, la paradoja es que Michel Albert y la gente que piensa como él opinan que el propósito de construir una Europa fuerte era preservar este tipo superior de capitalismo; de hecho, sólo si se pasa a la forma mucho más flexible de capitalismo anglosajón podremos realizar con éxito la unión monetaria. Ésta es la gran paradoja. No estoy seguro de si los gobiernos de Europa ahora mismo apreciarán esto en lo que vale o tendrán la fuerza necesaria para avanzar en esta dirección.

Los criterios de Maastricht para el éxito de la unión monetaria no mencionan nada de esto, debido a que los autores de los criterios de Maastricht estaban constreñidos a hablar en términos cuantificables. De modo que hablan de déficit presupuestarios, de proporciones de deuda nacional respecto al PIB, de la tasa de inflación y los tipos de interés, porque ellos podían poner un frío número y ver si los criterios se han satisfecho. Pero estas otras cosas no se pueden medir con números; por ejemplo, el grado de auténtica flexibilidad de los mercados, que es mucho más importante para determinar si las condiciones son las correctas para una feliz unión monetaria.

¿Realizarán este movimiento hacia la flexibilización para alcanzar el éxito? Como europeo, así lo espero; pero veo pocas señales de ello, especialmente en los países centrales, Alemania y Francia. Después de todo, en estos países y en los de su órbita ha tenido lugar una fijación efectiva de la tasa de cambio durante los últimos diez años, período en el que el desempleo ha seguido subiendo, y en estos momentos es muy alto. Todavía siguen sin introducirse a fondo las medidas de reforma (se han introducido algunas, pero muy pocas). El gobierno de Kohl en Alemania trató de introducir medidas de reforma para la flexibilización de los mercados. Fracasó (aunque debía haberlo conseguido) porque no pudo alcanzar un acuerdo dentro de la propia Alemania. El nuevo gobierno alemán no parece estar interesado en ello —no más que el gobierno Jospin de Francia—, cuando está volviendo a una forma ingenua de neo-keynesianismo, en la esperanza de que así solucionará sus problemas de empleo, lo que no ocurrirá. Y a ello ayudarán en escasa medida las tensiones causadas por la unión monetaria. Las únicas reformas que servirán de algo son las estructurales, las reformas de oferta que aumenten la flexibilidad del mercado.

Hace algunos años, nosotros nos enfrentamos a este problema en el Reino Unido, y yo tuve responsabilidades en el tema a lo largo de los años ochenta; cuando yo era ministro de Economía, heredé uno de los mercados laborales más rígidos e inflexibles, como ocurre con otros muchos mercados de toda Europa. Decidimos realizar cambios fundamentales, introducir reformas básicas, y nos resultó muy difícil, pero lo conseguimos, y los resultados, en su conjunto, han sido positivos. Para tomar sólo el indicador del paro, que en el Reino Unido alcanza ahora cerca de un 6 por 100, tenemos una de las tasas más bajas de desempleo de la Unión Europea, muy por debajo de la media. Ya lleva por debajo de la media bastantes años, mientras que en el pasado teníamos un nivel de desempleo por encima de la media de la Unión Europea. Asimismo, el programa de privatización ha hecho que el mercado en que operan estas industrias sea mucho más flexible y funcione mucho mejor.

Pero he de decir que la única razón para que pudiéramos implementar estas difíciles reformas fue que la gente estaba con nosotros. Teníamos legitimidad democrática, como resultado de haber sido elegidos y reelegidos por el pueblo británico, y les convenimos de que eso era lo que había que hacer. No creo que hubiera sido posible de otra forma. Y el problema ahora radica en que hay un gran peligro de que, incluso si los gobiernos de los principales países europeos (e incluyo a España en esta categoría, aunque he de decir que España ha hecho más en el ámbito de la reforma que Alemania en los últimos años) quieren introducir impopulares pero necesarias reformas, la gente piensa que esto no ocurriría si les hubieran dejado de votar, y por tanto tienen que aceptar las consecuencias, pero se trata de algo que les imponen por la necesidad de ajustar un estrecho chaleco que viene impuesto por el Banco Central Europeo desde Frankfurt o desde Bruselas; así pues, todo esto no tendrá el grado de apoyo popular necesario para hacerlo políticamente posible.

Como europeo, espero con devoción que la unión monetaria tenga éxito. Pienso que puede salir adelante a pesar de todas estas dificultades. No será fácil, pero puede triunfar. No obstante, tengo que decir, y este es mi mensaje final, que todos nosotros, en todo el continente, hemos hecho cumplir a nuestros países los criterios de Maastricht, hemos conseguido cosas de enorme dificultad, y seguramente hemos logrado cosas notables; hemos hecho grandes sacrificios por el bien de la gente, y aunque eran sacrificios que tenían que hacerse, estos no fueron fáciles; se han hecho, y es encomiable; pero lo realmente difícil es lo que viene a continuación.

NOTAS

(*) Traducción de Diorki, revisada por la Redacción de PERSPECTIVAS DEL SISTEMA FINANCIERO.

(1) Un billón anglosajón es igual a 1.000 millones.